

La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco.

Javier Ugarte Tellería

Dr. Angel Pascual.

Con el inquieto despertar el 19 de julio de 1936 de un vecino de Salinillas de Buradón, pequeño pueblo de la Rioja alavesa, se inicia este libro; una historia local, aunque sólo en apariencia, pues acabamos conociendo el ambiente en que se tejió la trama conspirativa que propició la rebelión militar de 1936 en España, inicio de la sangrienta guerra civil que vino a continuación.

El método elegido por el autor combina el recuerdo de los protagonistas, la historia oral, con el estudio de la amplísima bibliografía sobre el periodo y se adentra en terrenos más próximos a la antropología cultural para permitirnos conocer minuciosos detalles de la vida local en Alava y Navarra y recomponer el ambiente de aquellos días de julio en los pueblos y en la capital de ambas provincias. El texto analiza tanto el largo y complejo proceso que puso de acuerdo a los conspiradores militares y civiles como las bases ideológicas en que se asentaba la mentalidad de los voluntarios, de los requetés en especial. Desentraña también el funcionamiento de su red de relaciones, esa red social de “amistades, parentescos y clientelas” (p. 88) que permitió urdir la trama conspirativa en Navarra y ponerla en relación con los militares.

Una red articulada en toda España en dos niveles, según el autor: el de la élite nacional (políticos, industriales, financieros y terratenientes) y un segundo nivel de clases medias locales que canalizaron y movilizaron el masivo apoyo popular al levantamiento y luego al régimen de Franco. Pero en Navarra la importancia del prestigio personal y social de los notables de la provincia y su influencia en los pueblos tiene que ponerse en relación, lo que no queda a mi parecer suficientemente destacado, con el papel del clero local y el peso de otros no menos notables, los locales, las “casas fuertes”, los ricos en suma, de cada municipio y concejo, cuya influencia no sólo en su pueblo sino en toda la merindad resultaba decisiva y donde la importancia del prestigio personal y aun las relaciones de amistad (convendría, ya emprendida la vía, examinar con más detalle el alcance de las relaciones de amistad, las cuadrillas de cada localidad) pesaban tanto o más que la confianza en los dirigentes provinciales. Al mismo tiempo asistimos al nacimiento de un nuevo prestigio personal, extendido también a los pueblos, el de los activistas más jóvenes basado en su capacidad para la organización y en su disposición para imponer sus ideas por la fuerza de las armas.

La existencia de una red de influencia basada en el clientelismo no es ninguna novedad, pues ya se conoce sobradamente la eficacia del sistema de los “amigos políticos” en el periodo de la Restauración; seguiría funcionando durante el primer

tercio de este siglo y ese sistema de relaciones no hizo sino afianzarse durante el franquismo. El análisis de lo ocurrido después nos obliga a seguir siendo cautelosos, pues tampoco podemos dar por desaparecida la red clientelar al finalizar el siglo, aunque hayan cambiado de forma tan importante las comunicaciones, las economías provinciales y se haya asentado desde 1978 el sistema constitucional democrático.

La utilización de la documentación de archivos privados y de entrevistas personales, en particular de documentos privados a los que el autor ha tenido el mérito de acceder (en algún caso, otros lo intentamos con escaso éxito a mitades de los ochenta), es brillante y permite tanto conocer datos precisos, como recrear vívidamente el ambiente del momento. Incorpora no sólo los datos documentales, sino que añade el reflejo que de los hechos, ambientes, paisajes y caracteres queda en las novelas de aquellos años o de los inmediatamente posteriores. Nos enteramos también de los gustos de los espectadores, con detalle del cine, teatro o los espectáculos a los que se acudía en mayor medida, por otra parte parecidos a los de las demás provincias españolas. Las entrevistas recogidas, cuyo contenido ha quedado grabado y su listado de informantes se refleja en el anexo, podrá ser reutilizada más adelante como fuente documental y material de trabajo por otros historiadores o estudiosos.

Pero, sobre todo, a lo largo del texto tenemos ocasión de poner en relación lo ocurrido en estas dos provincias con lo acontecido por esas mismas fechas en diferentes países europeos, con atinadas referencias a sus situaciones políticas, a su literatura y aun a sus películas. Entre otras muchas virtudes, ésta es una de las mayores del texto y de su autor. Verdad es que el libro no es de fácil lectura: la profusión de notas, la repetición de los mismos hechos en diferentes capítulos y aun la misma ordenación de éstos y el modo de redacción casi circular, que avanza y retrocede en el tiempo a lo largo de todo el libro, hace que, en ocasiones, su lectura se torne fatigosa. Por el contrario esa misma profusión de las notas y la extensísima y completa bibliografía manejada, serán agradecidas por los profesionales y abren nuevos caminos de reflexión o de profundización en el abanico de asuntos tratados.

El importante trabajo de Javier Ugarte se eleva, pues, sobre el mundo cerrado y la aparente pequeñez de la provincia (visión tan interiorizada, según nos cuenta, en las élites alavesas, más en particular las vitorianas, o en la Pamplona magistralmente diseccionada como capital de tercer orden), para remontar el vuelo sobre las mentalidades de la mayoría de su población durante los años treinta y estudiar la similitud de su comportamiento con el de ciudadanos de otros países europeos en los mismos años, sobre lo que también se aporta una bibliografía tan extensa como pertinente.

Podemos ver cómo situaciones similares a la española se habían producido o se estaban produciendo al mismo tiempo en diversos países o regiones europeas: ejemplos de lo acontecido –claro que sin el detalle de un estudio minucioso, pues no era ése el objetivo del autor– en Alemania, Baviera, Austria, Francia, Italia, Rumania, se ponen en relación e ilustran, en un marco más general, el proceso mental de los sublevados en Alava y, sobre todo, en Navarra. Como señala el autor “Mientras el modelo de integración social del XIX estaba cuestionado, aparecían tres posibles vías de integración social excluyentes: la de la moderna democracia social, la comunista de la revolución proletaria, y una tercera que irradiaba desde Italia, la fascista

basada en la mística ultranacionalista y el estado totalitario (...). Todas ellas con formas institucionales efectivas y realidades concretas en distintos países de Europa. Las tres aspiraban (...) a promover un Estado movilizador y a impulsar la modernización política y económica. (...) La «brutalización de la vida política» (en expresión de Mosse) producida por la experiencia de la guerra en toda Europa, y la extensión de las ideologías de guerra civil (Nolte) completaron una situación que condujo a un clima de enfrentamiento civil larvado (que, naturalmente, podía ser reconducido, como así se hizo en varios países hasta la segunda Guerra)”.

Esa aproximación a las ideas que se barajaban en distintos países (los navarros y alaveses, en mayor medida que en otras provincias españolas, dada la influencia de la prensa de derecha en estas provincias, habían conocido el éxito de “la marcha sobre Roma” en la Italia de Mussolini, que inspiró la mayoría de las soluciones totalitarias de la época, y habían tenido puntual y extensa información tanto del ascenso de Hitler al poder en Alemania, como del estado corporativo de Dollfus en Austria, pues el “Diario de Navarra” tenía un corresponsal en Berlín que informaba puntual y extensamente de los acontecimientos) es uno de los aspectos más sugerentes del libro, que va más allá de los límites del cerrado mundo provincial y aun nacional, para situar esta “pequeña historia” en el contexto europeo.

Cerrar el paso a la revolución, aunque los carlistas llegaron a hablar de “revolución carlista”, era un producto de los tiempos, pero en este trabajo contemplamos cómo se ponen de acuerdo gentes con objetivos distintos: Por una parte quienes querían recuperar el viejo orden burgués, los viejos “buenos tiempos” del estado liberal, gentes cargadas por la nostalgia del tiempo perdido en el que sus intereses –agrarios o financieros– estaban mejor protegidos y su prestigio personal y aun su padrinazgo era reconocido por las gentes de los pueblos. Esta idea se resume en uno de los personajes de “la Ronde”, la película que, basada en la obra teatral del austríaco A. Schnitzler, rodó en 1950 Max Ophüls: “Yo adoro el pasado; es mucho más reposado que el presente y mucho más seguro que el futuro” (p. 54). Sobre esta misma visión del tranquilo, seguro y añorado pasado del Imperio Austro-Húngaro conviene leer las memorias de Stefan Zweig *El mundo de ayer*, redactadas en 1941, meses antes de su suicidio en febrero de 1942, en las que este vienés, como lo era su amigo Schnitzler, desgrana sus recuerdos del primer tercio del siglo y cuenta de sus advertencias inútiles sobre el peligro del ascenso de Hitler al poder en Alemania, al tiempo que detalla lo ocurrido en Austria durante aquellos terribles años 30. Por otra parte quienes querían crear “un hombre nuevo en una nueva sociedad definitivamente regenerada y en la que la nación hubiera realizado su destino”, quienes querían, en suma, un estado diferente de corte corporativo, con el añadido monárquico y religioso en el caso de los carlistas, a quienes tanto ayudó el clero en la difusión de sus ideas y aun en la organización y escondite del armamento de su grupo de combate, el requeté. Las dos visiones del momento se personifican, por ejemplo, entre los carlistas en la figura del Conde de Rodezno, viejo patricio, y los jóvenes requetés que se preparan para la sublevación armada. Lo cierto es que quienes más intervienen en el éxito de la conspiración son los representantes de esas clases medias que, más tarde, serían el soporte fundamental del franquismo y que son representadas en

Navarra por el carlista Martínez Berasáin, miembro de la Junta Carlista y principal muñidor electoral del Bloque de Derechas, y por el Director de “Diario de Navarra”, Raimundo García, Garcilaso, diputado a Cortes por el Bloque de Derechas en las elecciones de febrero de 1936.

No es frecuente el enfoque que ha elegido el autor de unir el ámbito político, el social y el cultural. Como señala “he tratado de comprender otra época diferente a la nuestra y explicarla con una nueva luz. Creo –añade– que, desde la perspectiva social y cultural (punto de vista poco transitado hasta la fecha), ha quedado iluminada aquella situación como antes no se había hecho”. Y así es. Quizás la Guerra Civil de 1936, sin duda el acontecimiento histórico de más transcendencia fuera de nuestras fronteras durante este siglo XX que ahora acabamos, ha sido el tema más y mejor tratado por los historiadores tanto españoles como extranjeros. Podemos descubrir con este libro, de lectura más que recomendable, que la Guerra Civil del 36 sigue siendo un objeto de estudio sobre el que pueden abordarse perspectivas nuevas y sugerentes como es el caso.

El subtítulo del libro se refiere a los orígenes de la sublevación en Navarra y el País Vasco, cuando la realidad es que se centra sobre todo en Navarra y Alava y de manera muy particular en Pamplona y Vitoria. Ciertamente que la sublevación militar, acompañada de un notable apoyo civil, como ya es de sobra conocido, triunfó en las provincias de Navarra y Alava, pero no creo yo que la mentalidad de las gentes fuera muy diferente en Leiza o Lesaca que en Oiarzun o Tolosa, por citar localidades próximas y, sin embargo, la actitud fue muy diferente, según cayera la muga provincial. Qué papel jugaron en este proceso los nacionalistas vascos, cuyo peso e influencia en Alava, también entre el clero alavés, era mayor que en Navarra, es algo que no se refleja de manera precisa y que bien merecería, emprendida la senda, ensanchar el camino de la comprensión histórica.

No hay que insistir en el relevante papel de la participación civil, de los requetés voluntarios en el caso de Navarra, cuya movilización desde el 19 de julio nos vuelve a contar este libro. Discrepa el autor de la tendencia, en la que me incluye por lo que escribí en mi tesis, a subestimar el papel jugado por los civiles tanto en el movimiento conspirativo como en la construcción del nuevo estado (pg. 72). No me parece que sea el caso. Está claro que Navarra es el único lugar en el que la rebelión militar –cuyo éxito y consolidación depende en buena medida del soporte civil de los voluntarios, como ya señalé en mi tesis– se ve reforzada por un levantamiento popular de importancia extraordinaria. También apunté el papel importante jugado por la Diputación, los ayuntamientos y las Juntas Carlistas de Guerra, no sólo la central, sino también las locales, pues en el caso de Navarra, aunque el peso de la capital era muy importante, no debe soslayarse la influencia de los notables locales o territoriales y de sus redes de conexión y padrinazgo, en la que los diputados de cada merindad eran figuras relevantes. Por otra parte, por ejemplo, habría que tener en cuenta que la relación de Tudela con la capital, por la distancia, era escasa y en el ámbito de relaciones sociales el mercado de los jueves de Estella tenía más importancia que la capital para facilitar el encuentro de los vecinos de los diferentes pueblos y valles, al igual que los bares y los círculos de los pueblos eran el lugar normal de relación social de los varones; cada uno en el suyo, claro, en función de su adscripción ideológica.

Hay que tener en cuenta, además, que la diferencia de población entre la capital, Pamplona (42.000 habitantes en 1930) y Tudela (11.000 habitantes), u otras localidades con más de 5.000 habitantes –Estella, Tafalla, o Corella– y entre la población de las diferentes merindades navarras no es tan grande como la existente entre Vitoria y el resto de su provincia.

Hablaba yo, y creo que así fue, de que esa relación entre los conspiradores militares y los civiles quedó supeditada desde el principio y sometida en todo a las decisiones de los militares, especialmente en el terreno militar, pero también en el de la política. Cabe preguntarse por qué en zonas de conformación mental similar (Castilla la Vieja, por ejemplo, donde la economía, basada en la agricultura, era parecida y donde también estaba desarrollado el movimiento cooperativo católico-agrario, donde las gentes veían las mismas películas, asistían a similares espectáculos teatrales o de otro tipo, la visión del mundo de sus sacerdotes era parecida y los periódicos locales no decían cosas muy diferentes a los navarros) no se produjo, sin embargo, un parecido levantamiento popular.

Pienso, además, que había mucha más diferencia en el comportamiento social entre las gentes navarras de la Ribera, con un mayor peso de las ideas izquierda, y las de Tierra Estella o la Cuenca de Pamplona, por ejemplo, las de esa ancha franja de municipios compuestos, valles y cendeas, que recorre la provincia de este oeste a este (no conozco el caso de Alava con el detalle de Navarra), lo que se reflejaba en todos los órdenes de la vida social, política, religiosa y cultural de los pueblos. Aunque el autor deja constancia de ellas se perciben con bastante dificultad en el libro y no acaba de explicarse el por qué de una represión tan brutal como numerosa en determinados pueblos de Navarra. Es una diferencia que tiene también un largo recorrido histórico y hunde sus raíces tanto en la situación económica, el problema de la tierra, como en una experiencia política distinta y un arraigo mayor de las ideas republicanas, de las izquierdas y aun del anticlericalismo en la zona de la Ribera.

Interesante es también el detallado estudio de la ciudad, la capital como centro de la vida provincial y el aspecto festivo que tomó el levantamiento del 19 de julio en Pamplona, invadida por las gentes de los pueblos. Aunque ya conocíamos, por otras investigaciones, que con igual ambiente festivo se recibió la República en abril del 31; la plaza del Ayuntamiento de Pamplona, atestada de gente, celebró la llegada de la República con fiesta, dianas, bailables y fuegos artificiales por la noche. También conocíamos que el Gobernador militar de Navarra en esa fecha, Germán Gil Yuste, firmó la orden de la provincia acatando al nuevo Gobierno “pues nuestro deber como soldados es obedecer la voluntad del pueblo”. Sabíamos de la evolución de los militares durante esos cinco años, lo que explica que ese mismo general, ya retirado, se pusiera a la cabeza de la rebelión en Vitoria en julio del 36 y está también descrita la situación política y social de la ciudadanía que acogió con tanto entusiasmo a los voluntarios. Pero ahora, con el libro de Ugarte, vemos esos mismos hechos iluminados con un nuevo foco.

En resumen, un excelente y novedoso trabajo, con el que se demuestra que para los historiadores no hay asunto menor, por local que éste sea, si se atina con la perspectiva de estudio adecuada.